

las inhumanidades de mi madre, ó las impiedades muletarias de mi padre. ¡Ay, Ramirez mio! y cómo se me partiria de pena el corazon, si viera que mi padre daba tras de tí ominozasos!... Vamos, salgamos al instante.

—¡Bien, por vida mia! dijo Ramirez soltando la carcajada. Vámonos.... pero.... aguarda: creo que será bueno que te disfraces para que nadie te conozca al salir.

—En efecto, muy bien dices; y ademas quiero cargar con mis joyas, porque al fin yo soy la heredera de Van-Miserabustch, y no hay para qué largarme con las manos vacias.

—¡No, eso no, por vida de mi abuela! Ni un solo escudo quiero de tu padre, pues lo mio nos basta y aun nos sobra. Creeria la gente que para hacerme de tus joyas te habia yo llevado, cuando yo no anhele otra joya que tú misma, porque para mí eres tú la joya mas preciosa que jamas crió naturaleza.

—¡Siempre tan lisongero!

—Y tú siempre tan linda!

—Pero ¿cómo has logrado penetrar en esta casa sin ser visto?

—Con mi industria.

Y mientras iban apresurados calle abajo, contó Ramirez su industria, la cual no fué

otra, como ya lo habrá adivinado el discreto lector, sino ecshibir la carta anónima que recibió el Baron, luego vestirse de criado, llevarla y dársela al portero, y mientras éste fué á entregársela á su señor, esconderse en un rincón, en donde permaneció hasta que la casa quedó desierta.

V.

VENGANZA INAUDITA.

Distribuidas que tuvo sus fuerzas al rededor del amenazado é importantísimo bosque, el Baron y su esposa se sentaron en un excanapé de piedra, que así como la baronía y castillo de Van-Miserabustch, parecia que mejores tiempos habia experimentado. Empeñados estaban los dos en congeturar de quién hubieran podido recibir la anónima carta que tan saludable aviso les participaba; y quien hubiese tenido paciencia y oportunidad para escuchar la conversacion, se hubiera indudablemente divertido en sumo grado.

—Este aviso nos llega del cielo; no lo dudes, decia el Baron; porque así como Dios salvó á Jonas del vientre de la ballena, y no

permitió que su pueblo pereciese en las mazmorras de Babilonia, así no ha querido tampoco dejar que una familia de sus fieles siervos fuese exterminada por esos perros idólatras, adoradores de leños y de lienzos pintados.

—En efecto, así debe ser, respondía la digna Baronesa, que aquel que protegió á Constantinopla contra el rey Ciro, y defendió los vasallos del piadoso Job contra los famosos ejércitos de Senaquerib, é hizo que la tierra tragase al impío Holofernes, que quería usurpar el sumo sacerdocio que Absalon ejercia; aquel, digo, con su omnipotente diestra nos ha protegido contra las asechanzas de esos ignorantes y fanáticos españoles.

Y de este modo, los dos esposos fueron recitando y adaptando á su caso cuantos pasajes de la Biblia se les ocurrieron; si bien es verdad que cometiendo algunas equivocaciones, tales como matar á Aquiles dentro de Jerusalem, y llevar en triunfo á Mardoqueo por las calles de Troya. Seguian, pues, su conversacion á guisa de ensalmo, cuando hete ahí que de repente se les presentó Ramirez, y haciéndoles un profundo saludo, les preguntó si le permitirian disfrutar el envidiable honor de sentarse y conversar con ellos.

El señor Baron, aunque

sumamente soberbio y aristócrata, no supo negar lo que con tanta cortesía le suplicaba un mozo de tanto garbo y tan gallarda presencia. Hízole, pues, lugar en el canapé; y ya se preparaba á envidarle el relato de alguna de sus famosas hazañas, cuando Ramirez le atajó de esta suerte:

—Quizá, nobilísimo señor Baron, os sea impertinente y llegue á mortificar vuestro elevadísimo ánimo con lo que voy á contaros; pero me intereso demasiado por la honra y felicidad de vuestra esclarecida familia, orgullo, honor y lustre de toda Flandes, para que aquella consideracion me detenga. Sabed, pues, señor, que si quereis salvar vuestra honra, es preciso que al punto os trasladéis á vuestra morada, profanada en este instante por el inmundo español Ramirez....

Suspense se quedó el Baron al oír tales nuevas; y así instó al narrador para que lo sacase de su mortal ansiedad, dando fin á la relacion comenzada, lo cual él hizo en estos términos:

—No hará mas de un cuarto de hora que pasando por junto á la cerca de vuestro jardin, ví á una jóven que á una ventana de vuestra casa asomaba. Habló algunas palabras con un mozo que en el jardin habia, y luego creyendo no ser vista, descolgó por la ventana una escala de cuerda, por la que

subió el dicho mozo, que reconocí por Ramirez. Allí están los dos ahora; y si teneis gana de atraparlos, yo me ofrezco á acompañaros y á vigilar el jardin mientras vos registrareis las estancias.

La admiracion y enojo del señor Baron llegaron al colmo oyendo estas cosas: sus arrugadas mejillas se encendieron de un vivo color de sangre; sus labios le temblaban, y rechinábanle los dientes de un modo que metía miedo. Empuñó su muleta con una fuerza convulsiva, y dijo con voz temblona y demudada por el encono:

—Aguardadme, buen hombre, que voy en busca de mis criados y de mis perros, que están vigilando al rededor de mi bosque; ¡y como hay Dios, que de esta vez no se me escapará Ramirez, ni mi perra hija se habrá holgado con él de balde!

Y así diciendo, esgrimia la muleta, y decia á media voz, *tris, tras*, como que ya le estaba sacudiendo las moscas á la pobre muchacha. Ramirez le dijo:

—Mal pensado, señor Baron, perder el tiempo reuniendo á vuestros criados. El bosque está á buena distancia, y los criados diseminados todos al rededor; de manera, que cuando llegueis con ellos á vuestra casa, ya Ramirez tiene lugar de haber realizado su villano intento, y quizá de haberos robado vuestra hija. Vámonos los tres, que bastantes somos.

—¡Fuego! gritó el Baron al sospechar el robo de su hija. ¡Vamos, mancebo; tú no le dejes escapar por el jardin, que yo, por vida de mil Satanases, he de arrancarle el bautismo, si es que lo tenga! ¡Vive Dios, que me huelgo de poder aún derramar la sangre de un infame hijo de España!

Y diciendo y haciendo, se encaminaron á la casa el Baron y su muger, llenos de rabia y proponiéndose desollar á su hija despues de muerto su amante; y Ramirez reventaba de risa, que se esforzaba por ocultar, no fuera que el señor Baron sospechase el engaño. De este modo llegaron á la puerta; y mientras tanto Ramirez hacia como que iba á meterse por el jardin, el Baron dió con cuidado vuelta á la llave, y sin sacarla de la cerradura, se metió dentro detras de la Baronesa. Pero Ramirez, que en silencio se habia colocado á sus espaldas, volvió á cerrar de golpe la puerta por la parte de afuera, y al tiempo mismo, levantando con suma destreza la larga coleta del señor Baron, se la dejó prendida entre las dos medias puertas, dejando así á su esclencia amarrado por la cabeza de un modo inescapable.

—¡Qué demonio es esto! gritó el pobre anciano.

—No es nada, señor Baron, respondió Ramirez. Yo soy amigo íntimo del español á quien vd. anda buscando, el cual me ha encargado que le jugase á vd. esta partida.

—Maldito seas tú y tu amigo, replicó el afligido viejo. Mañana os hago abrasar vivos á los dos.

—No se apure vd., señor Baron, que mañana Ramirez, y vuestra hija y yo, estaremos ya camino de Cádiz.

Y así diciendo, se fué saltando calle abajo, mientras el aprisionado Baron daba á los diablos su credulidad y maldecia á su estrella, que en mala hora le habia dado tan larga coleta. Pero su muger, un tanto mas activa, y hallándose en libertad, se encaminó á la cocina para sacar luz; pero la yesca, el pederal y demas chismes estaban fuera de su lugar, y como no podia salir á la calle, tuvo que quedarse á oscuras. Perdió entónces la paciencia, y acercándose á su marido, que blasfemaba como un moro, le echó en cara el haberse dejado engañar de aquella suerte; y aunque nada veia, alargó las manos tanteando por todas partes, y cuando dió con él, no le soltó hasta haberle aplicado una buena tanda de pellizcos: item mas, le palpó el cuerpo hasta topar con una oreja, y entónces se la asió, y se la retorció, y le dió uno ó dos buenos tirones, hasta que el escasperado Baron, levantando cual mejor pudo su pata de leño, le tiró tal coz, que dió con ella en tierra.

VI.

LA RECONCILIACION.

A la mañana siguiente un caballero y una dama, el vestido de grande etiqueta con su espada al lado, y ella ricamente ataviada y cubierto el rostro con un espeso velo, bajaron de un magnífico carruage, que parado estaba ante la puerta del señor Baron, y solicitaron permiso para hablar con su excelencia. La Baronesa asomó á la ventana, y luego volvió diciendo á su marido, que los recién llegados eran gentes de pro, y que así, revestido de su gran uniforme, los aguardase y recibiese en el mejor aposento de la casa. El Baron, que en sus mocedades habia sido en extremo galante, y que profesaba el mas profundo respeto hácia el bello sexo, trató de recibir á sus huéspedes, pero en particular á la dama, de un modo digno de sí y de su nobleza. Así, pues, hízoles guardar antesala, mientras él se adornaba con sus mejores galas; y entre tanto renegaba y maldecia al atrevido follon que le habia hecho perder la coleta (porque en efecto la habia perdido), y de esta suerte le obligaba ó á presentarse sin aquel incomparable adorno, ó suprir su falta de alguna manera.

Adoptó este último extremo, y por medio de algunos trapos y cintas, logró arreglar de tal suerte la nueva coleta, tan parecida á la otra, que no la conociera ni la madre que la parió.

Entónces y con su permiso, entraron en el salon los recién venidos; y mientras él se deshacía en cumplidos y en ceremonias hacia la dama, cuyo rostro no podía distinguir por el espesor del velo, el caballero que con ella iba, se había colocado á un lado de la puerta, y parecía aguardar á su turno su correspondiente pitanza de cumplimientos y bienvenidas. Conociólo el Baron, y dejando á la dama sentada, se llegó al apuesto mancebo, y principió á hacerle profundas reverencias, y á convidarle á sentarse. Pero de repente dió un paso atrás, y..... ¡oh, válgame Dios! ¡Quién pudiera espresar la rabia, y el enojo, y la furia y el encono que se pintaron en su semblante, al reconocer el mismo mozo que en la noche anterior tan mal tercio le jugara! Casi estuvo para sacar la espada é inmolarle en aquel sitio; pero como ya se ha dicho, que su galantería y respeto hacía las damas eran estremados, hizo el último esfuerzo para contenerse. Sin embargo, no pudo ménos de echarle en cara su mal proceder, y así le dijo:

—Dime, mal aconsejado, perro, alma de rinoceronte, corazón de javalí; dime, ¿qué agravio te hice yo en mi vida para que tú me trataras como me trataste anoche? Alza esos ojos de raposa, y mira....observa mi coleta!!!.... Dime ahora si tamaño atentado no merece que te arranque la vida en este instante!

Conforme hablaba el señor Baron, se le iba irritando la bÍlis y encendiendo el rostro; y al llegar á la última frase, hizo como que iba á desenvainar su montante. El mancebo empero, que hasta aquel punto había escuchado silencioso é inmóvil, principió en esto á acariciar con los dedos de la mano derecha el pomo de su espada, lo cual, notado por el Baron, templó un tanto su enojo, y continuó hablando de esta manera:

—Sí, mereces la muerte, y mi mano te la diera en este instante, si no fuera por el respeto que debo á esta dama que te acompaña, y porque mi clemencia iguala en este momento á mi justa ira. Pero dime, repito, ¿quién te movió á obrar conmigo de tan descortes manera? Mi muger ha tenido que bajar á la calle desde una ventana, y mis criados se han visto obligados á derribar la puerta....

—Perdone vuestra escelencia, señor Baron: esta mañana muy temprano vine yo con el objeto de abrirla.

—Pero dime, ladrón, ¿por qué la cerraste?

—Otra vez imploro el perdón de vuestre señoría, y le suplico que abra tanta oreja para oír la satisfacción que voy á darle.

Estas últimas frases, pronunciadas en sumiso tono, aplacaron el enojo del señor Barón, que creyó que sus terribles palabras habían derretido el corazón de Ramírez, cual si hubiese sido un pedazo de jalea. Sentóse, pues, con el aire de un magistrado que va á sentenciar á un delincuente; mientras el mozo, en tono compungido, comenzó á decir de esta manera:

—Sabed, pues, escelen-tísimo y eminentísimo señor Barón, que yo, indignísimo siervo de vuestra preclarísima persona, tengo la desgracia de padecer unos accidentes (que á Dios gracias, no me dan sino cada seis ó siete años), los cuales me quitan el entendimiento, y me obligan á hacer lo contrario de lo que debiera. Digo, pues, que ayer me cogió uno de los tales accidentes, el cual, según decís, me hizo cometer tan nefando co-leticidio; delito mucho más abominable y atrevido, por cuanto recayó sobre el escelen-tísimo pelo de vuestra baronil persona. Pero yo para remediar en lo posible tanto mal, ó á lo ménos para expiar un poco tan horrendo crimen, he averiguado el paradero de vuestra hija y su raptor Ramírez, y vengo á noticiároslo.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando el buen Barón, olvidándose de que una de sus piernas era de leño, dió un brinco para colgarse del cuello de Ramírez; pero no habiendo medido la distancia que entre ámbos había, dió consigo en tierra con espantoso estruendo. La dama tapada soltó un chillido muy sentimental, y se alzó de su sillón para ayudar al Barón á levantarse; pero ya Ramírez le había tomado en brazos y colocado en su sillón, asaz maltrecho de la caída. Solo la Baronesa no se movió de su poltrona; y cuando ya su marido se hallaba de nuevo en pié, le atisbó de reojo con espresion de airado seño, y se le oyó entre dientes refunfuñar las palabras *béstita, torpe, estúpido, poltron*.

Con finas espresiones y retumbantes palabras dió el pobre cojo gracias á los dos forasteros, particularmente á la señora; y luego, dirigiendo con disimulo una terrible mirada á su consorte, estiró la postiza pata como para darle á entender, que pronto esperimentaria su peso; y aun hay quien asegure, que le enseñó los dientes á guisa de mono enfadado. Despues dijo á su huésped:

—Todo cuanto habeis hecho en mi contra, os lo perdono; pero os suplico me digais el paradero de mi hija, porque si bien ha hecho ella muy mal en escaparse de esta manera, esto, con una paliza que le dé y un encierro de tres semanas, queda curado; y

entónces volveré á disfrutar de su compañía, de sus gracias y de su buen genio, porque ella es sin duda la mejor hembra que en el mundo ecsiste, y ojalá todas fuesen como ella.

Y al decir esto, fijó los ojos sobre su muger de un modo muy significativo. Despues continuó:

—En cuanto á Ramirez, con mandarle á presidio por toda la vida, creo será suficiente castigo por su atrevimiento.

—No ha de ser así, contestó el jóven, á ménos que consintais en mancillar para siempre el honor de vuestra prosapia y descendencia. Vuestra hija es ya la esposa de Ramirez, y yo puedo jurar de que están legítimamente casados, y de que han pasado juntos y solitos toda la noche. Conque así, señor Baron, á lo hecho, buen pecho y avenirse con el destino, que Ramirez, aunque español, no es al cabo ningun monstruo, sino que al contrario, es muy caballero y muy rico, y ama mucho á vuestra hija, y de ella es muy amado y estimado; y de todo esto yo respondo, porque me consta y lo sé, así como sé y me consta lo que por mí ha pasado durante veinticuatro horas, con lo de la coleta, y todo á que dió lugar mi malhadado accidente. Así que, si quereis volver á disfrutar de la compañía de vuestra hija, es preciso que la perdoneis, y que aproveis su ca-

samiento con Ramirez; lo cual siempre que me lo deis escrito, en un salvo-conducto para ellos, yo os prometo, bajo mi palabra de honor, de presentaros hoy mismo á vuestra hija y á su esposo, vuestro yerno Ramirez.

El Baron vaciló un momento; pero al fin, se decidió á firmar el salvo-conducto, y se lo entregó al jóven, diciéndole á la vez:

—Tomad, que mas quiero ver á mi hija esposa de un español, ya que él es tal cual vos le pintais, que no vivir separado de ella para siempre.

El jóven se lo metió en la faltriquera, y al mismo tiempo, haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Pues escelentísimo señor Baron, yo soy Ramirez.

—Pues queridos padres míos, yo soy Juaneta, dijo á la sazón la tapada, levantándose de su asiento, y echando á las espaldas el velo. El Baron dió hácia ella un paso enarbolando su muleta: Ramirez se sopló entre los dos, metiendo á los hocicos del Baron el salvo-conducto. El viejo retrocedió murmurando, y entónces los dos jóvenes se arrojaron á sus pies, suplicando les perdonase y les echase su bendicion. Así se hicieron las paces, bien que muy á disgusto de la Baronesa, que hubiera preferido ahorcar á Ramirez y desollar á su hija, ó á lo ménos encerrarla en un cuarto oscuro por toda su vida.